

The image features a collage of textures. The top half is dominated by a light-colored, aged paper with a wavy, layered appearance and some brownish stains. The bottom half shows a dark, marbled paper with intricate, swirling patterns in shades of grey and black. The text is overlaid on the boundary between these two textures.

**DISTRITO**  
**ACTUALIDAD**

## La mala costumbre

Irene Cortés Arranz

Abre la puerta. Ahí, al fondo, puedes verla. Tal vez no sea tangible, pero está. No tengas miedo, avanza.

He salido a pasear por la ciudad. Es de noche y la humedad fría del mar en invierno no hace sino envolverme en una especie de esfera de vaho al calor de mi respiración. Ahí, en lo oscuro, la verdad es un lienzo níveo que puede volver a escribirse sin caer en las equivocaciones cometidas bajo el sol. Igual que una pizarra en la que la tiza marca el camino. Blanco sobre negro y no al revés, porque las cosas pueden establecerse en otro orden que no sea el que nos enseñaron. Una constelación titila ojos arriba y pienso en el libro que he terminado de leerme hoy: *La mala costumbre*. Aunque ya está cerrado sobre el escritorio, continúa abierto dentro de mí; repaso los capítulos y me regodeo en la belleza de las imágenes, en la exquisitez del lenguaje que entronca con el pensamiento y en ese otro de la calle, tan necesario para viajar al lugar señalado en el mapa de palabras, aquel día y en esa hora.

Por el camino, pienso que da igual la carne que nos define o la textura de la piel que nos cubre. Las experiencias de rechazo, de reconocimiento social o de búsqueda interior son las mismas. Alana S. Portero (Madrid, 1978) lo sabía antes de empezar a escribir esta novela y ha dejado lanzadas sobre cada página migas de pan que recoger para no perderse en la vida, sea cual fuere la morada que te haya tocado habitar.

La protagonista, una niña que se siente atrapada en un cuerpo que no le corresponde, evoluciona a través de su propia mirada y de la de quienes la observan en su entorno más cercano sin atreverse a pronunciar la frase necesaria a la que ella podría asirse. Porque, cuando una se interna en el bosque, tantea cualquier mano que la aleje de un lobo sobre el que, a veces, ni siquiera hay advertencia alguna, pero existe. Se encuentra agazapado en una esquina y su instinto y lo que generaciones pasadas y presentes de cánidos salvajes han hecho de él lo llevan a no distraerse de su objetivo: buscar una presa. En *La mala costumbre* aparecen licántropos sin necesidad de lunas llenas para mostrar la fiereza de sus garras. Sin embargo, tampoco hay algaba que se precie sin ninfas ni



hechiceras capaces de poner una estrella que ilumine el sendero cuando el recodo asusta. Qué ternura desprenden María la Peluca, Eugenia o Margarita, cuánta sabiduría de la que no se enseña en las escuelas sino a fuerza de caer y levantarse o de esa guardada en un cofre que va pasando como legado entre los gineceos familiares.

Deambulo por aceras diseñadas a la luz tenue de unas cuantas farolas y, gracias a la maestría de la autora, lo hago a la vez por un Madrid del que he reconocido los espacios, los locales, las plazas y las avenidas; porque leer esta historia es también acompañar a su protagonista por distintas sendas que la llevan siempre a sí misma.

Te aviso, futura lectora (sí, en femenino, por sororidad): vas a volver a tu piel de niña, a tu mirada infante, a lo que la vida te llevó a descubrir porque era el momento o a aquello que nunca quisiste ver y que te hizo tropezar -incluso varias veces- para que aprendieras como otras, desgraciadamente, antes que tú, lo hicieron: con la espada de Damocles sobre los hombros. Ya es hora de cambiar eso, de olvidar el miedo. Mirar hacia atrás no siempre es aprendizaje, el pasado brama la necesidad de no repetirse en sus errores. El tiempo llora. Leímos en los cuentos que no había daño que no pudiera repararse con el beso de un príncipe azul, pero, en el mundo real, nacer... es otra cosa. Cuándo, en qué barrio o dentro de qué familia serán las teclas que tocar de una canción por descubrir y es posible que no te guste el concierto al que te han invitado.

La niña (y después la mujer) de la probablemente querrás hacerte amiga antes de terminar este libro, nos abre la puerta de su casa, de su habitación, de su armario y hasta de sus entrañas. *La mala costumbre* es una oda a la verdad y a la justicia, pero a gritos, sin escatimar en detalles del claroscuro que supone vivir una realidad más complicada que la de quienes te rodean. Conocerás a alguien que, como en *La joven de la perla*, del pintor holandés Johannes Vermeer, nos deja ver las luces y las sombras de una personalidad que se forja compleja donde pudo haber sido todo mucho más fácil. Lo oscuro es el fondo de la imagen, lo que la rodea, y no le queda más remedio que ir sorteando a tientas los obstáculos.

Ya estás aquí. Puede que no te haya tocado el premio que esperabas. Quizá mires a tu alrededor y el paisaje se aleje de ese otro tan bucólico con el que te hicieron soñar un día. En tal caso, traspasa la cancela de la que te hablé al comienzo de estas líneas y, veas lo que veas al otro lado, nunca te rindas. Nunca.